

**Dr. Enrique Garcés**

## **BENJAMIN FRANKLIN, CAMPEON DE LA MEDICINA**

Franklin, hombre múltiple y célebre en el mundo por haber arrancado electricidad de las nubes con su cometa exploradora, tiene admirables vínculos con la Medicina en América. Sabemos de él que no descansaba jamás por el acoso de sus inquietudes como impresor, filósofo, físico, diplomático, político y otras cosas que modelaron su vida como una gran aventura. Pero poco conocemos de lo que hizo en pro de la Medicina en aquellos tiempos bárbaros de las recetas endiabladas, de la astrología y de la alquimia.

En el 1.600 Turquía, practicaba la inoculación para tratar de aminorar los estragos de la viruela, procedimiento que es radicalmente distinto al de la vacunación que inventara el célebre médico inglés Eduardo Jenner en 1795. Los turcos, no sabemos desde cuando ni por qué, usaban la inoculación de esta manera: de la pústula de un enfermo de viruela obtenían una gota de pus y ésta la inoculaban en el brazo de un individuo sano a fin de que enfermara con viruela, pero una viruela que era indiscutiblemente más benigna que la otra, la adquirida por infección llamada "natural".

La viruela se vino a nuestra América con los primeros conquistadores españoles. Con seguridad el primer brote surgió en México ya que un soldado de Pánfilo de Narváez enfermó con la peste que pronto inundó el Continente. La Viruela, en un siglo, mató a sesenta millones de personas en Europa. En América es uno de los dolores más horribles que registra la Historia por cuanto los indios presentaron terrenos vírgenes para el morbo que tuvo virulencias hoy bien explicadas por la Patología.

Solamente los turcos hacían algo práctico e inteligente para atacar a la terrible enfermedad eruptiva. Los ingleses observaron la inoculación y lo dieron a conocer en Inglaterra sin que se hubiera podido implantarla debido a la eterna discusión de los doctos e indoctos que no sabían nada de nada. Escribían sobre ello y no pasaban del debate agrio y de la cita burlesca.

Una de aquellas revistas inglesas pasó el mar y llegó a manos de un reverendo predicador de Boston, el puritano Cotton Mather. Como en Estados Unidos se desencadenara tremenda epidemia de viruela en 1721, interesó a un médico cualquiera llamado Zabdiel Boylston para que se decidiese por la práctica del sistema turco de la inoculación. Y Boylston que no había sido "un cualquiera", sino, por el contrario, alguien con médula de investigador, hizo primero varias pruebas en su hijo y unos negritos sirvientes suyos. Ensayó y ensayó. Finalmente, convencido del éxito, presentó un informe estadístico que más o menos decía así: "En Boston de 247 personas inoculadas a más de 39 que inocularon otros médicos, murieron solamente seis, mientras que de 5759 personas (más de la mitad de la población de Boston) que se contagiaron por infección natural (no por inoculación) murieron 844 y la mayoría de los que sobrevivieron quedaron desfigurados y con una salud muy deficiente".

Pero aquellos tiempos no estaban para estadísticas ni cosa que lo valga. No había más que la tradición escandalosa y el conservadorismo intransigente. Ante un informe luminoso, espléndido como el de Boylston, claro como el sol, revelador de beneficios indiscutibles, tenía que triunfar la estupidez. La respuesta fue la siguiente: "Apenas había desaparecido la epidemia, cuando tuvo lugar una controversia violentísima acerca de la inoculación; los mismos médicos atacaron al doctor Boylston y los predicadores desde sus púlpitos y los periódicos en sus editoriales, arrojaron toda clase de invectivas contra la inoculación diciendo que, si un solo paciente moría, a causa de ello, se debía ahorcar al médico; y como se sabía oficialmente que habían muerto seis, tiraron una bomba dentro de la casa de Cotton Mather, agredieron al doctor Boylston en la calle, incendiaron su casa y tiraron otra bomba dentro del salón donde se hallaba su mujer. El Parlamento, en el Estado de Massachusetts, prohibió que se llevara a cabo la inoculación".

Asombra ponerse a meditar hoy que seis muertos por inoculación artificial hubieran asustado más que los 844 fallecimientos por infección "natural". No eran capaces las gentes de comparar los resultados estadísticos, siquiera en números brutos, menos aun valiéndose de porcentajes e índices, como lamentablemente sucede también hoy en muchos medios que no comprenden —no desean comprender— los beneficios de la Medicina Preventiva y el Saneamiento. Efectivamente no hay mejor ciego que el que no quiere ver! . . . .

Lo curioso es que el impresor Benjamín Franklin comienza su obra sumándose al bando de los que combatían brutalmente al doctor Boylston. Franklin frisaba en los 16 años de edad y como era dueño del periódico "New England Courant" escribió editoriales furibundos contra el método de la inoculación, a lo mejor sin saber una jota de lo que trataba. Pero la vida le enseñó que estaba equivocado y como hombre inteligente que era, cambió de opinión y desde entonces entregó su obra de periodista, por entero, a la defensa del sistema de inoculación de la viruela en pro de la salud de los hombres del nuevo mundo.

Un hijo suyo murió con viruela adquirida por infección "natural". Dolido, con profundo arrepentimiento de su campaña, escribió entonces: "Era un espléndido niño de cuatro años que murió de viruela, de la que se contagió de la manera corriente. Durante mucho tiempo me ha pesado amargamente, y me continúa pesando, que no le hubiera dado esta enfermedad por medio de la inoculación. Y esto lo digo para que llegue a oídos de los padres que no llevan a cabo esta operación, temiendo que nunca se lo perdonarían en el caso de que su hijo pudiera perder la vida a causa de ello, ya que, como lo demuestra mi ejemplo, la pena es la misma, sea como sea, y por consiguiente debe de seguirse el curso menos peligroso".

En 1747 Franklin está en Filadelfia a donde se ha ido arrastrando su imprenta en maravillosa gitanería de cultura. Nueva epidemia feroz de viruela. Nuevas discusiones feroces sobre el método de la inoculación. El Gobernador de Nueva York, un mister Clinton, publicó su proclama en la que "se vedaba y prohibía estrictamente a todos y cada uno de los doctores, Médicos, Cirujanos y Practicantes de Medicina inocular la viruela a cualquier persona o personas, bajo pena de ser procesado por la Ley con todo su rigor".

Franklin se puso contra Clinton y en encendida batalla periodística aconsejaba que se practique la inoculación porque estaba convencido que el sistema salvaba vidas produciendo un tipo de enfermedad más benigna que la adquirida por infección "natural". Jorge Washington escuchó atentamente lo que decía Franklin en su periódico y se constituyó en admirable partidario de la inoculación al punto que dará orden inflexible para que todos los reclutas de su famoso y heroico Ejército de la Independencia, fuesen previamente inoculados de viruela para evitar así que la enfermedad produjere la derrota de sus fuerzas. Y Washington obtuvo magníficos resultados. Hombre de genio, introducía de esta manera la necesidad de un inteligente servicio sanitario en lo militar para prevenir los males y no esperar que se produca para curarlos. Benjamín Franklin hizo mucho, muchísimo, con su prédica y su influjo extraordinario para establecer también este otro Pararrayos contra la viruela en el nuevo continente donde morían las gentes sin poderse contar los cadáveres o quedaban, al salvarse, con las caras insoportables! . . .

Pero eso no es todo. Franklin que no se saciaba de estudiar y procurar el bien de las gentes, es el fundador del primer hospital de los Estados Unidos de América, según nos cuenta Howard W. Haggard, Profesor de Fisiología Aplicada de la Universidad de Yale, en su bello libro "El Médico en la Historia".

En 1751 y en Filadelfia, hizo entrañable amistad con el médico doctor Tomás Bond y ambos resolvieron que era urgente, humanitario y de necesidad, disponer de un hospital en aquella ciudad que era la más importante de la colonia inglesa y donde los enfermos no merecían la preocupación de nadie. Un año más tarde, Franklin que no descansó un minuto, poseso por tan ilustre idea, inauguraba el hospital que funcionó en una casa de alquiler. Pocos años después, lo trasladó a otro edificio, construido ya para el efecto y en el que se instalaban, por primera vez, servicios insospechados. Esta casa de salud se mantiene todavía con el nombre de "Pennsylvania Hospital", es un monumento histórico de la Medicina americana y orgullosa palabra admonitiva del triunfo de los pocos hombres de buena voluntad que entregaron su esfuerzo para hacer el bien a los demás. Y algo sorprendente acontece en este hospital; reciben enfermos mentales, justamente cuando a los "lunáticos", en Europa, se les perseguía o encarcelaban en mazmorras de espanto.

Benjamín Franklin (1.706—1.790) es un norteamericano que honra a la humanidad. Empero su fama, muy grande y justa, no le han dado los hombres ni por su enfurecida campaña periódica en favor de la prevención de la viruela, ni siquiera por ser el fundador del primer Hospital de los Estados Unidos. Lo otro, en diplomacia, en política y hasta en física con lo del pararrayos, le agiganta ante la Historia tan amante del relumbrón y de la guerra. Y sin embargo la tarea hermosa y magna de este ilustre hombre, la hallamos nosotros en esos menesteres, casi despreciables, dedicados con perseverancia y amor al prójimo, a lograr la fortuna de ser un campeón de la salud de los humildes.